ANECDOTAS MARIANAS

Fray Antonio Corredor García

O. F. M.

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44

41003 - SEVILLA

CON LICENCIA ECLESIASTICA
Depósito Legal: B-18851/96
ISBN: 84-7770-299-3
Imprime: APSSA – C/. Roca Umbert, 26
08907 L'HOSPITALET (Barcelona)

EL ROSARIO EN FAMILIA

No creamos que el rosario en familia es rutina sin alma. Esas avemarías que se rezan haciendo algunas tareas domésticas en la cocina o en el costurero, están animadas por verdadero espíritu de oración. Y este espíritu y la intención que lo anima, educan la vida familiar a través de la oración vocal de sus miembros, y la orientan hacia el trono de Dios, muy cerca de Cristo y de su Madre.

Cierta noche, cuenta Fultón Sheen, vino a verme una joven, y me dijo:

–No quisiera por nada del mundo hacerme católica. Siempre repetís lo mismo cuando rezáis el Rosario. Cuando uno repite lo mismo es prueba de que no es sincero. Yo no daría fe a una persona que me repitiese las mismas palabras. Y Dios tampoco.

Entonces le pregunté quién era aquel joven que la acompañaba.

–Es mi novio –contestó ella.

–¿La quiere a usted?

–Ciertamente que sí.

–¿Cómo lo sabe usted?

–¿Cuántas veces se lo ha dicho, una, dos...?

–Me lo repite todos los días y hasta con cierta frecuencia...

Corté el diálogo y le dije:

–Si se repite, no le crea usted; prueba evidente de que no es sincero.

No existe repetición cada vez que uno dice «Yo te quiero». Y esto se explica porque cada vez coincide con un momento distinto en el tiempo y con un lugar diferente en el espacio.

Aunque la madre repita mil veces a su hijo: «Te quiero con toda mi alma, rey mío», cada vez significa algo distinto, pues su espíritu y su corazón actúan de manera diferente, y cada hecho nuevo revela una nueva señal de afecto.

(«Fichero Catequético»)

JUAN XXIII Y LA VIRGEN

● Hablando a sus paisanos de Sotto il Monte, les reveló el primer recuerdo nítido, vivísimo, que el Papa conservaba de su infancia y de su madre: Una vez –les dijo– mi madre decidió llevarme, en una fiesta de la Presentación, al Santuario de la Virgen de Cánove. Pero aquella vez, por el gentío, no pudo entrar en la capilla. Entonces mi madre me tomó en brazos, me levantó en alto, hasta que yo, niño de cuatro años, me pudiese agarrar a los barrotes de la ventana que hay a la entrada, y luego, ayudándome para que me arrodillase sobre el pretil, me dijo: *«Mira, Angelito, mira bien a la Virgen, allá dentro, con su Niño Jesús, y pídele que te bendiga.»*

Es el primer recuerdo existencial del pequeño Angelo en Sotto il Monte, que Juan XXIII evocará más tarde en las Salas del Vaticano.

● Otra estampa de su siñez se le quedó grabada en su alma: cada mañana, al despuntar el alba, oía que su madre, despertándose al son de la campana del Angelus, decía a su padre: *«Arriba, Juan, vamos a rezar: El Ángel del Señor anunció a María...»*

● ¿Estáis cansados? He aquí otra prueba de esta fidelidad rosariana del buen Papa Juan.

Fue un día ocupadísimo en audiencias, asun-

tos graves y discursos. El Papa no tuvo tiempo de rezar sus Rosarios en todo el día. Llegada la noche, después de cenar, llama a las tres religiosas dedicadas a su servicio, y les pregunta:

–¿Queréis venir a rezar el Rosario en la Capilla?

–Con mucho gusto, Santo Padre.

Llegados a la Capilla, el Papa anuncia las intenciones, hace un breve comentario de cada misterio y reza con ellas la primera parte. Al concluir ésta, se dirige a las monjitas, y les dice:

–¿Estáis cansadas?

–No, Santo Padre.

–Entonces, ¿me responderéis otro rosario?

–Claro que sí.

El Papa rezó con ellas la segunda parte, también comentada por él. Terminado este Rosario, Su Santidad, mirando nuevamente a las religiosas, insistió:

–¿Estáis cansadas, hijas mías?

–No, Padre Santo.

–¿Me responderéis a la tercera parte?

–Claro que sí, con mucho gusto.

Y también se rezó la tercera parte del Rosario, comentada igualmente por el Papa.

Aquella noche, saliendo de la capilla, Juan XXIII, visiblemente contento, se entretuvo más que de costumbre con las religiosas, las bendijo y,

mirando al cuadro de la Virgen que está en el altar, exclamó:

¡Qué hermosa es nuestra Virgen! Y todavía será más hermosa cuando la veamos en el cielo!»

• Para las obligadas atenciones, Juan XXIII prefería regalar rosarios, de los que siempre disponía en cantidad. Es significativo el gesto que tuvo con la hija de Nikita Kruscev, cuando ésta visitó al Papa en compañía de su esposo Alexis Adjubei. Dijo así a la hija del jefe de Rusia: *«Mis colaboradores me tienen dicho que a las princesas no católicas regale medallas de oro o monedas de plata. Pero yo a usted le doy algo que considero más precioso: Un Rosario, para que sepa que el Papa reza por todos los hombres y en especial por todos los niños que nacen cada día a fin de que reciban la bendición de Dios.»*

• El Presidente argentino Frondizi regaló al Papa un collar de oro y perlas preciosas. Juan XXIII envió este collar a la Virgen del Bosco para que se lo pusieran en su cuello, porque: *Es la Virgen que me sonrió en la infancia y bendijo mi sacerdocio.»* Dispuso también un legado para que cada año se celebrasen 50 misas en este Santiario del Bosco.

Con razón se erigió allí un monumento al Papa Roncalli en bronce de Manfrini.

• El anillo de la Virgen. El 4 de octubre de

1962 Juan XXIII acudió a Loreto para encomendar a la Virgen el feliz comienzo del Concilio Vaticano II. Allí le regalaron un anillo con la efigie de la Virgen. Desde entonces el Papa llevaba siempre puesto ese anillo. Tenía la intención de volver a Loreto para agradecer a Nuestra Señora la buena conclusión del Concilio y dejar allí el anillo como recuerdo.

Al adelantarse la hora de su muerte, Juan XXIII no se olvida del anillo de la Virgen y dispuso que, después de su fallecimiento, lo devolvieran a Loreto.

(«Hojas Marianas».- Cáceres)

SEBASTIÁN ELCANO

Otoño y 1518. Poco después del toque de oraciones, un desconocido cae de rodillas ante el altar de Nuestra Señora del Coral, en Sevilla y permanece ante ella, orando con devoto recogimiento. Así un día y otro.

Pasan tres años y el mismo desconocido, en traje de penitente, abrumada la cabeza por el trabajo y los sufrimientos, llevando una vela encendida en la mano, vuelve a aquel mismo altar cantando alabanzas y depositando a los pies de la Virgen una extraña ofrenda de flores, conchas y caracoles; le acompañaban otros 17 penitentes. Era Sebastián Elcano, que acababa de dar la vuelta al mundo. Venía a cumplir la promesa hecha a la Virgen de traer rosas y corales de todos los países de la tierra, si le alcanzaba la gracia de volver, con vida, de tan peligrosa navegación.

Sólo 18 de los 237 que salieron de Sevilla el 27 de septiembre de 1519, habían sobrevivido a los peligros y sufrimientos del viaje.

Elcano, además de un héroe, era un gran devoto de la Santísima Virgen, a quien atribuía el éxito de aquella empresa. **«Con María , decía él, nada es imposible. Sin María todo se malogra.»**

(«Medalla de Medallas.».- N.º 279)

LA SONRISA DE UNA NIÑA

El héroe francés de la última guerra europea, el capitán Paul, en la vida civil era profesor del Instituto. Hombre de vocación investigadora, se desplazó un buen día a Lyón, con la intención de consultar documentos en unos archivos. Marchaba a pie, despaciosamente, por los muelles loneses del Saona, cuando reparó en una muchachita que salía de una calle lateral, frente a la colina de la Fourvière. La niña levantó la cabeza, miró hacia la lejana estatua de la Virgen que domina toda la ciudad de Lyón y le dirigió una sonrisa encantadora de afecto y devoción.

El profesor ateo, sorprendido y como molesto, preguntó a la niña:

–¿A quién dedicas esa sonrisa?

–A la Santa Virgen, señor...

–¿Y eso a santo de qué, pequeña?

–Para darle los buenos días.

–¿Y qué le puede importar a «ella»?

–Pues... bueno, mamá me ha enseñado que hay que ser siempre bien educada.

Y además, al verme que la saludo, la Virgen recuerda que ha de interceder por mí.

–¿Y para qué necesitas tú que «ella» rece por ti?

–Pues para que sea yo más buena.

–¿Y quién te ha enseñado que hagas eso?

–El Padre del catecismo, nuestro párroco.

En aquel instante pasó por la mente del profesor ateo lanzar a la cara de la pequeña: «La Virgen no existe, tonta. Tu párroco es un embustero o un ignorante»...

Sin embargo, había tal dulzura y tal candor en aquel rostro de niña, que no se sintió con fuerzas para hablarle burlonamente.

Y desde lo más profundo y olvidado de su memoria, llegó flotando hasta el espíritu del profesor un fragmento del Evangelio, recuerdo de su lejana infancia:

«Dios ha revelado su ciencia a los pequeños y a los humildes. El la ha escondido a los sabios y a los soberbios»...

La voz de la niña le sacó de su rememoración:

–Dígame, ¿es que usted no hace el saludo a María?

–Bah... Bueno, chiquilla, sí, es bueno hacerlo así siempre.

–Adiós, señor –dijo la niña.

–Adiós, pequeña...

Y el capitán Paul había contado a sus compañeros: «Cuando se fue la chiquilla, subí los muelles, pensando: He leído muchos, muchísimos libros; he razonado sobre todo lo habido y por haber.

Y ahora «la sonrisa de una niña lo pone todo en entredicho»...

Para quitarse aquella idea de la cabeza, entró en una librería, pensando que la vista de los volúmenes, el atractivo de las novedades, le harían recobrar el equilibrio, su serenidad de intelectual ateo. Tomó un libro al azar, en cuanto reparó en que la gente le miraba, tan extraño debía ser su aire de hombre abstraído, pagó el libro y salió en seguida hacia su hotel. Cuando quedó a solas en su habitación, miró el libro que tan por casualidad había caído en sus manos: era la obra del polemista católico León Bloy sobre Nuestra Señora de la Salette. Y aquella lectura le conmovió, hizo de él otro hombre.

Poco después, el profesor ateo hizo a pie el camino que conduce hasta la Virgen de las cumbres. En lo alto le esperaban la fe y la gracia que hicieron de él, años más tarde, el capitán Paul, que probó en los años duros su temple de admirable cristiano.

E.F.

(«La Montaña de San José» –Nov.–Dic. 1979)

SE CUMPLIÓ LA PROFECÍA

En 1927 visitaba Roma monseñor Hayasaka, obispo católico japonés. Coincidiendo su estancia en la Ciudad Eterna con la presencia de otro japonés célebre, el tenor Riozo Okuda, un destacado personaje romano organizó una fiesta en honor de ambas personalidades niponas. El tenor, aunque pagano, aceptó complacido la invitación.

Con delicadeza, se pidió al cantante que en honor de su compatriota purpurado cantase el «Ave María» de Gounod. Y Okuda lo cantó tan maravillosamente que el Cardenal Van Rosum, que se hallaba entre los invitados, no pudo contenerse y dijo a otros espectadores:

–¡Sería incomprensible que este hombre no se hiciese católico algún día, cantando como canta las alabanzas a la Madre de Dios!

El tiempo confirmó la intuición y la profecía del Cardenal Van Rossum. Aquella reunión social fue el inicio de una serie de cordiales y fecundas conversaciones entre el prelado japonés y su compatriota cantante. Y unos meses más tarde Riozo Okuda, convertido al catolicismo, recibía en Roma el bautizo, que le administró precisamente el cardenal Van Rossum.

(«Hoja Dominical» – Madrid)

¡BENDITA SEA TU MARE!...

Cuando Victoria Eugenia de Battemberg visitó por vez primera Sevilla, el pueblo, enardecido de entusiasmo por su belleza y su juventud, no cesaba de aclamarla con piropos de gracia andaluza, que a gritos repetía sin cansarse.

–Olé tu mare!...; ¡Viva tu mare!... ¡Bendita sea tu mare!...; ¡Viva tu mare!... ¡Bendita sea tu mare!...

Extrañada y conmovida la reina, preguntó a su joven esposo:

–¿Cómo es posible que conozcan y quieran tanto aquí a mi madre?...

El enamorado monarca le contestó:

–Es por ti por lo que aclaman a tu madre. Porque a ella le deben la reina más hermosa de Europa. Y porque adivinan que ningún elogio será más grato a tus oídos que una explosión de alabanzas a tu madre.

Entre todos los pueblos y comunidades de cristianos, el católico sobresale por encima de todos bendiciendo y aclamando enardecidamente e MARIA REINA, MADRE DEL REY DIVINO.

Si Ella pudiera extrañarse de nuestro comportamiento y preguntase la razón de este religioso entusiasmo, su Hijo le diría:

–¡Es por Mí por lo que te aman tanto! Porque

les has dado a luz al Salvador del mundo. Y porque comprenden que ningún elogio ni alabanza puede serme tan grato como los elogios y alabanzas dirigidos a mi Santa Madre.

En efecto, María es digna de toda honra, por ser Hija Predilecta del mejor de los Padres y Madre Incomparable del mejor de los Hijos.

E. ALBIOL

¿PARA QUE SE VIVE?

Giovanni Papini, en un libro publicado antes de su conversión, refiere que, un día, se acercó a un pescador y entabló con él el siguiente diálogo:

–¿Para qué pesca usted?

–Vaya una pregunta, pues para sacar peces. –¿Para qué? –Para venderlos. –¿Para qué? –Para comprarme el sustento diario. –¿Para qué? –Para vivir. –¿Y para qué vivir? –¡Para pescar!

Poco conforme con esa respuesta, se alejó, y, viendo a un labrador, le preguntó:

–¿Para qué trabaja la tierra? –Para sembrar. –¿Para qué? –Para poder comer. –¿Para qué comer?

El labrador le miró con desdén y, sin responderle, continuó su trabajo.

Andando, vio a una niña que juntaba flores y, acercándose, le preguntó:

–Dime, niñita, ¿para qué juntas esas flores? –Para ofrecérselas a la Virgen. –¿Para qué? -Para que me ame y me bendiga. –¿Para qué? –Para que después de muerta me lleve consigo al Cielo.

Al fin he recibido una respuesta razonable: «Vivir para morir bien», he ahí un bello fin de la vida.

(«Hoja Parroquial». –Diócesis de Coria–Cáceres. Nº 302)

GRATITUD A LA VIRGEN

Corrían los años difíciles de la última guerra mundial. El señor Manick, luxemburgués del pueblo de Rurange–les–Thionville, se hallaba combatiendo en el frente ruso, cerca de Orel.

Un día, en el curso de un reconocimiento, halló en una casa particular una bellísima imagen de la Santísima Virgen. Quiso llevársela consigo. Pero alguien de la casa le suplicó de rodillas que no lo hiciera. Tras dudar unos instantes, Manick cedió. Y el ruso le dijo entonces: «Ya verá cómo la Virgen le paga su gesto de no privarnos de su compañía. Salvará usted los peligros de la guerra y podrá volver sano y salvo a su hogar».

Dos días más tarde –era el 16 de enero de 1944–, Manick caía gravemente herido en combate, sin que sus compañeros pudieran recogerlo. Lo encontró un soldado ruso, pero, en vez de capturarle, cuando registrando su mochila halló un rosario, hizo todo lo contrario: lo escondió en la boca de un emplazamiento de morteros abandonado.

Cuatro horas más tarde, y como por una más de aquellas providenciales circunstancias, un perro de San Bernardo descubría a Manick y le conducía de nuevo hasta las filas del ejército alemán,

desde donde fue llevado a un hospital de campaña, en Helmsted.

Poco después, el 16 de febrero del mismo año, el hospital fue bombardeado. Murieron 800 heridos, pero Manick se salvó milagrosamente.

Volvió a Thionville, y allí de nuevo escapó a una muerte violenta por tercera vez, al quedar sano y salvo, tras el derrumbamiento de la estación, en la cual se hallaba cuando el accidente.

Una y otra vez, Manick evocó las palabras del campesino ruso de la región de Orel...

Y se convirtió en apóstol incansable de la Santísima Virgen. En vísperas de las elecciones municipales de 1959 en Rurange–les–Thionville, consagró el municipio a Nuestra Señora.

Manick fue elegido alcalde. Y en el pueblo, gracias a su alcalde, se produjo un renacimiento de amor y devoción a María. Renovó la consagración de su municipio a la Virgen, dirigiendo a Esta una fervorosa oración en favor de la paz del mundo.

Este admirable luxemburgués muestra con su ejemplo cómo nuestra gratitud a la Virgen por los beneficios con que nos obsequia –¿y quién no le debe más de uno?– puede traducirse en una tarea de apostolado eficaz, que difunda entre nuestros hermanos el amor y devoción a María.

(«La Voz de San Antonio».– Sevilla)

LA BAILARINA

Durante el pontificado de Pío IX, a una bailarina alemana que arrastraba con su arte a las multitudes romanas, le fueron rendidos los honores del Capitolio y le ciñeron la cabeza con una corona de oro.

El Papa se disgustó y dijo: «Todo lo más que debieron regalarle sería un par de zapatos de oro».

La frase punzante llegó a oídos de la artista, la que escribió inmediatamente al Padre Santo, disculpándose más o menos así: «Santidad, estoy extremadamente apenada por haberle disgustado tanto. Para su consuelo le hago saber que soy católica practicante. El arte me atrae irresistiblemente, pero, gracias a Dios, mis costumbres son irreprochables. Le hago llegar la corona de oro; si todavía me cree digna de la Iglesia Católica, disponga que se coloque en una imagen de la Virgen; si me cree indigna, tenga la bondad de hacerla vender y dar a los pobres el producto».

Pío IX, conmovido, contestó: «Hija mía, estás inscrita entre los católicos mas estimados. ¡Bravo! Hay más cerebro en tus pies que en la cabeza de tus admiradores».

(Revista «María Madre»)

SUCEDIÓ ASÍ

En cierta aldea medio devastada, acampa un batallón de cazadores de a pie. Cada tarde, reunión en la iglesia. Un centenar de soldados rezan el santo Rosario a la Madre de Dios y reciben la Bendición del Santísimo que su bondadoso capellán les imparte.

Un día, al terminar las oraciones, es abordado el capellán por un soldado desconocido:

–Señor Capellán, ¿quiere usted confesarme?

–Con mucho gusto.

–Debo advertirle que acaso sea un poco largo.

–No importa... Se hará corto porque eres tú.

–Pero antes precisarás prepararte un poco ¿verdad?

Este joven, completamenmte analfabeto, no sabe nada de religión, pero el Padre Capellán, en quince días, logra enseñarle un poco de catecismo y las principales verdades de nuestra santa fe.

Pasados unos días más, el penitente se levanta de los pies del confesor llorando como un chiquillo:

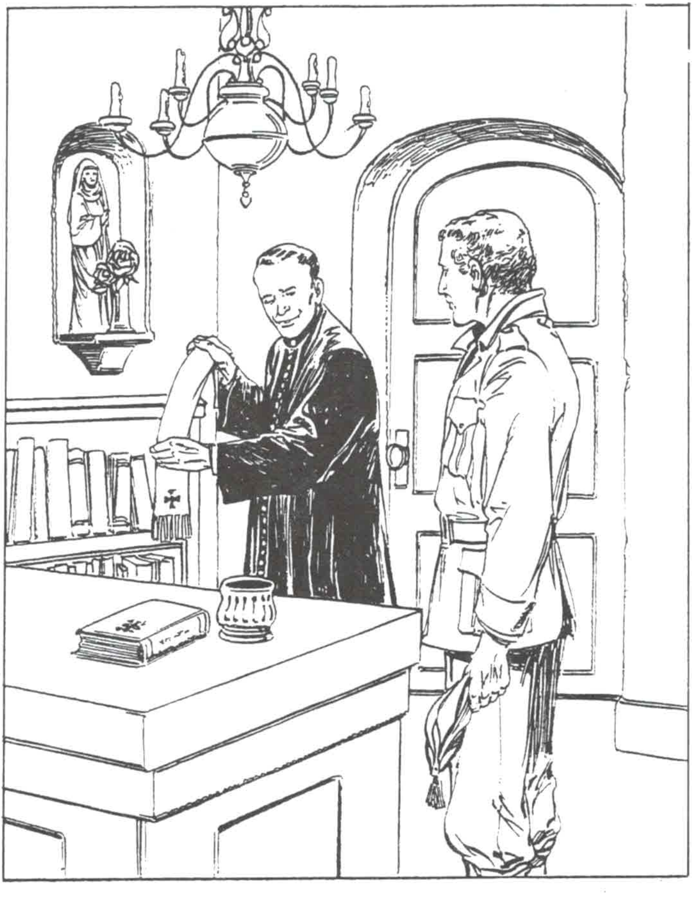
–Ea, ¿no va bien eso, mi amigo?

–Sí... ¡Nunca he sido tan feliz!...

Quisiera sólo pedirle una cosa.

–¿Qué es?

–No me atrevo.



–Valiente héroe.

–¡Tengo miedo de que os enfadéis!

–¡Yo no me enfado jamás.

–Pues bien: ¡tengo un deseo vehemente de abrazaros!

–Si no es más que eso. ¡Vamos a ello!, y aun dos veces: Una por ti y otra por mí...

Pero lo más bello de esta historia es que este soldado valiente, de una sencillez y encanto infantil, había guardado su inocencia bautismal.

–Pero, preguntó el Capellán, ¿tú no tenías ninguna práctica religiosa?

–Ninguna.

–¿Tú no rezabas?

–Sí..., siempre.

–Y... ¿qué rezabas?

Rebuscando en el bolsillo de su capote sacó...¡un Rosario!

–¿Tienes un Rosario? ¿Quién te lo ha dado?

–Mi madre. Cuando tenía ocho años, me dijo un día:

«Escucha, hijo mío, yo no estoy fuerte en materia de religión; quiero enseñarte todo lo que sé. Más adelante tú lo completarás como puedas». Y me enseñó el Padrenuestro y el Avemaría. Después me dio este Rosario. «Y ahora me vas a prometer un cosa –me dijo– Rezar tu Rosario todos lo días de tu vida sin faltar nunca; esto será tu re-

ligión en espera de tu formación religiosa completa».

–Y tú ¿lo prometiste?

–Sí, señor Capellán.

–¿Y no has faltado nunca a tu palabra?

–¡Jamás!

–¿Ni aún durante la guerra?

–¡Sobre todo durante la guerra! Cuando estaba de guardia en las aspilleras, en la negra noche, y tenía una morriña formidable, ¿sabe lo que hacía? Fumaba una pipa; después rezaba un Rosario, luego otra pipa; después un Rosario, y a veces hasta media docena; esto no me quitaba el frío de los pies; pero, a pesar de todo, ¡me daba calor en el corazón!

* * *

¡Madres cristianas! Enseñad a vuestros hijos esta práctica piadosa del Santo Rosario, y María, con su poderosa intercesión, os los conservará puros, inocentes, tal como vosotras los habéis soñado.

(«Venga a nosotros tu Reino»)

UN PASTOR PROTESTANTE

El reverendo Raymond Hooper, pastor anglicano de San Columbano, de Middlesbrough, en Inglaterra, era sincero devoto de Ntra. Sra. de Lourdes y asiduo peregrino de su Santuario. Durante veinte años consecutivos, acudió en peregrinación a Lourdes y oró ante la Gruta de la Virgen. El mismo decía, en el boletín parroquial, que sentía un imán irresistible hacia Lourdes. El misterioso mensaje de Lourdes le servía para inculcar a sus feligreses el camino de la cruz para su peregrinar por la vida.

Este arduo camino lo recorrió hace poco el Reverendo Hooper hasta el sacrificio final. Salvajemente agredido por uno de sus favorecidos, y dejado medio muerto, falleció a los pocos días en el hospital.

Después de su muerte, he aquí la gran revelación: abierto su testamento, entre sus legados de caridad sobresale el siguiente: al señor obispo de Tarbes y Lourdes para los enfermos del Santuario de la Virgen, con el encargo de que sea informado de que estos legados provienen de un pastor anglicano como ofrenda de gratitud por las numerosas gracias recibidas en Lourdes.

Edificante gesto que aúna tres hermosas realidades: la comunión de fe, el ejercicio de la caridad y la devoción a la Virgen.

(«Orientación Religiosa»)

FRAY CRISPÍN DE VITERBO, EL «SANTO ALEGRE»

Siendo niño de muy pocos años, Fr. Crispín quedó huérfano de padre. Marcia, la madre, era una señora muy piadosa y temerosa de Dios: era asimismo muy devota de la Santísima Virgen. Escogió el día 25 de marzo, fiesta de la Anunciación del Señor, para consagrar a su pequeño de cinco años a la Reina del Cielo. Señalando al niño la imagen de Nuestra Señora de La Quercia, patrona de Viterbo, le dice así: «¡La ves, querido hijo mío!... ¿La ves?... Es tu Madre. (Quella é la tua mamma). Te entrego a Ella para siempre... Óyelo bien, para siempre... Ámala de todo corazón, como a tu madre y hónrala como a tu Señora».

Estas palabras se grabaron como a cincel en la memoria del niño para todos los días de su vida. Fray Crispín cultivó una devoción entrañable, afectuosísima, a la Santísima Virgen. En todas partes y en cuantos oficios desempeñó, demostró de manera ingenua e incontenible este afecto hacia la Madre del Cielo: es, sin duda, una de las notas características de su espiritualidad.

Cuando a sus veinticinco años determinó hacerse capuchino, encontró fuerte resistencia entre sus parientes y amigos: ni estaba, tampoco, con-

forme la señora Marcia con que su hijo hubiera escogido una Orden tan austera, y más en el oficio de Hermano Lego. Fray Crispín, entonces le recordó a su buena madre el ofrecimiento que de él hiciera a la Santísima Virgen y le dice así: «¡Pero, madre!... ¿Qué es lo que ocurre?... ¿Cuántas caras tienes?... ¿No te acuerdas de que me ofreciste a Nuestra Señora?...

(«El Mensajero Seráfico».- PP. Capuchinos. Madrid)

«YO TAMBIÉN MARÍA»

Sucedió en los últimos días de la pasada guerra mundial.

Berlín fue ocupado por las tropas aliadas la víspera del día que había sido señalado por la Gestapo (policía secreta alemana), para la ejecución del P. Rosch, S.J., Provincial de los jesuitas en Alemania.

El Padre fue sacado inmediatamente de la cárcel y llevado a un asilo de huérfanos.

Eran momentos de enorme confusión y matanzas.

Los rusos habían ocupado también la ciudad: un pelotón se detiene delante del asilo de huérfanos; derrumban la puerta de entrada, un soldado ruso apresa a una Hermana de la Caridad.

–¡Hermana –gritó el Padre Rosch–, el Rosario! ¡Téngalo en alto, encomiéndese a la Madre de Dios, auxiliadora de los cristianos!

La religiosa lo hizo así. El ruso –cuenta el mismo P. Rosch– dirigiéndose a uno de nosotros dijo:

–¿Cristo?

Todos respondimos:

–¡Sí!

En seguida miró la medalla de la Hermana y dijo:

–¿María?

Respondimos nuevamente todos:

–¡Sí, sí, María...!

Entonces él registró sus bolsillos y sacó un puñado de joyas, de cadenillas, de diamantes, de relojes. Buscó y rebuscó hasta que encontró una medalla y, luego, indicándose a sí mismo dijo:

–¡Yo también María! Y se marchó sin hacernos nada.

(«María Madre» .–Nº 177)

EL GENERAL PRIM Y EL PADRE CARMELITA FRAY PEDRO

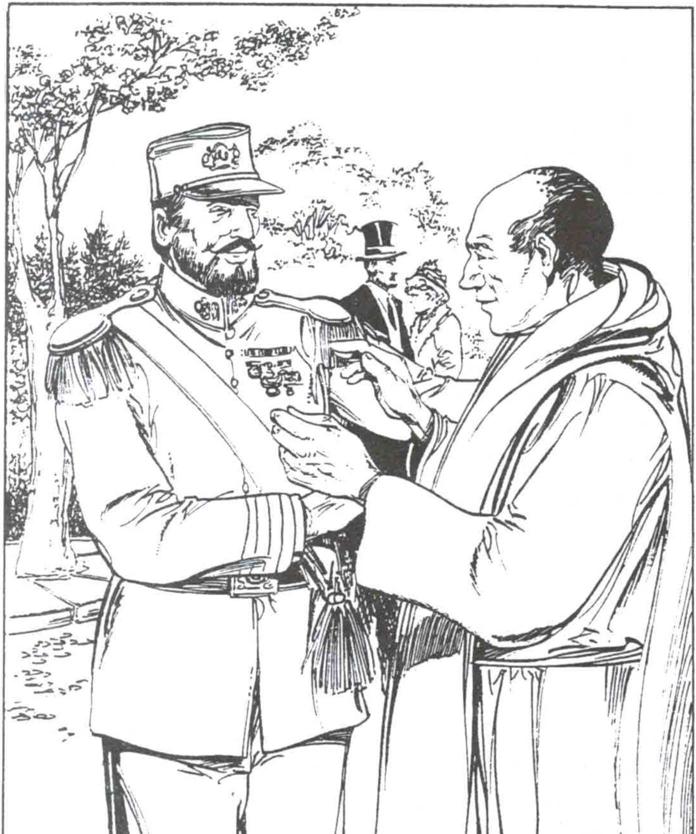
En las memorias que dejó escritas al morir en la ciudad de Valencia, el día 10 de agosto de 1891, el Reverendo Padre Fray Pedro del Sagrado Corazón de Jesús, carmelita exclaustrado, que tanto brilló en la segunda mitad del siglo XIX, se encuentra la siguiente curiosa anécdota, referente a dicho religioso y al general Prim.

Humilde hasta la muerte fue el Reverendo Fray Pedro, quien rechazó siempre las dignidades eclesiásticas que le ofrecieron, tanto la reina Cristina, como su hija Isabel II; lo mismo el Padre Claret, su confesor, que el general Prim, condiscípulo suyo e hijos ambos de Reus, y a los cuales unía un cariño de hermanos, a pesar de la diferencia de ideas que entre ellos mediaba.

Pasando Prim por Valencia con su esposa y sus hijos, cuando era presidente del Consejo de ministros, hospedóse en casa del Señor Nolla y, enterado de que Fray Pedro iba cada día a dar lección a un inquilino que vivía en la misma casa, y que aquél esquivaba su encuentro, Prim salió un día al rellano de la escalera al verle bajar, y, cogiéndole del brazo, le dijo en catalán:

–Ahora sí que no te escapas.

Después de los saludos tuteados, tuvo lugar



entre los dos el siguiente diálogo, que diferentes veces oímos referir por boca de aquel sabio y santo varón:

–¿Por qué no has venido a verme?

–Porque tus ideas son muy contrarias a las mías.

–Pero, Pedro, ¿es posible que tú dudes de mí? ¡Si soy el mismo ahora que cuando iba a la escuela contigo!

–Entonces ¿por qué dijiste en las Cortes de 1854 que tan pura era la reina Cristina como la Virgen María? Créeme: he llegado a aborrecerte, y por esto no he venido a visitarte.

–Pues mira, Pedro; no creas nada de lo que yo diga en las Cortes, porque todo es al revés de lo que siento; y además, como que la política nos obliga en ciertos actos, a veces no podemos evitar de decir lo que no pensamos. Mira, para que te convenzas de que soy el mismo de cuando estudiábamos –y se sacó del pecho el escapulario de la Virgen de la Misericordia de Reus–. Ella es la que me guardó cuando la guerra de África, y la que me ha dado siempre fuerza y valor; y, en prueba de agradecimiento, le regalé un manto con entorchados míos. Y ahora te presentaré a mi esposa y a mis hijos, los cuales, a pesar de la lluvia, vienen de la iglesia, porque no quiero que se queden sin misa, aunque llueva. ¿Y tú cómo lo pasas?

–Pues mira, dando lecciones de música.

–Ya sabes que soy el amo de todo; por lo tanto, escoge de España el cargo que quieras, pues lo tienes ya concedido de antemano.

–Gracias, hijo, prefiero ser sacristán u organista de cualquier aldea, a lo que tú pudieras darme.

(«Lluvia de Rosas» .–Lérida)

ASÍ ME LO CONTARON

En tiempo de su mayor esplendor y prosperidad, dicen que asistía Napoleón I una noche al teatro acompañado de un paje a quien quería mucho y pensaba elevar a altos puestos, llamado Augusto Rohan Chabot, duque de Lyon. El Emperador seguía el espectáculo con aire distraído y examinando a la asistencia, y, de vez en cuando, su mirada se fijaba en el joven duque, que parecía reflexionar y ocuparse muy poco de lo que pasaba en escena, ocultando, obstinadamente, las manos bajo un gabán que sostenía en las rodillas. De repente se inclinó el Emperador, metió la mano entre el abrigo de su paje y cogió unos rosarios que éste tenía entre las manos.

–Ah, te he cogido, Augusto –dijo Napoleón al joven duque, algo confuso–. Pero así me place: eres superior a esas vaciedades de la escena: tienes corazón y serás un grande hombre. Y devolviéndole los rosarios, añadió: «Continúa, que no te molestaré más.» Los testigos de la aventura no se atrevieron a reír al oír hablar de ese modo al Emperador. El paje llegó, en efecto, a ser grande hombre, pues murió siendo Cardenal Arzobispo de Ruán.

(«El Santuario de la Montaña» -Cáceres)

UN PRESIDENTE EJEMPLAR

García Moreno, el gran Presidente del Ecuador, se encontraba un día entre los obreros irlandeses que había hecho ir desde Norteamérica al Ecuador para implantar una serrería mecánica, y preguntó a los obreros por las costumbres religiosas de su país y si sabían alguna canción de las que se acostumbrasen a cantar en sus iglesias de Irlanda. Los buenos irlandeses se pusieron a cantar, y García Moreno les escuchaba conmovido, sobre todo al oír un cántico irlandés dedicado a la Virgen. Y preguntó:

–¿La amáis mucho, a la Virgen, en Irlanda?

–¡Oh sí, con todo el corazón! –respondieron varios.

–Pues bien, hijitos, respondió el Presidente, arrodillémonos y recemos juntos el Rosario a fin de que perseveréis en el amor y en el servicio de Dios.

Y todos, reunidos alrededor del gran Presidente, recitaron, con humildad y los ojos llenos de lágrimas de emoción, la corona mariana.

En la devoción a la Virgen, García Moreno encontró la fuerza que le hizo decir al morir, asesinado por la masonería: «¡Dios no muere!»

(«El Adalid Seráfico» .-Sevilla)

EL CASO DE LA ANCIANA

En los Anales de Propaganda Fide se cuenta que un misionero en Corea, estando confesando en un pueblecito, oyó un tumulto y salió a ver lo que pasaba. Un grupo de personas conducía a una anciana que decía ser católica y no había visto un misionero en muchos años. Cuando llegó a él, se arrodilló y comenzó a llorar, agarrada a su sotana. Cristiana desde la juventud, como su marido, en la persecución de 1866 fueron acusados y muerto su esposo por no querer apostatar. Ella, después de sometida a tormento, regresó a su pueblo, pero no fue recibida por sus familiares. Entonces un joven pagano, compadecido, se casó con ella y fueron a vivir a una isla.

–Durante cuarenta y tres años –dijo– recé mis oraciones diariamente y también el rosario hasta que se me rompió. Entonces continué rezándolo sirviéndome de mis dedos en lugar de las cuentas.

Siendo ya de edad muy avanzada, volvió con su hijo a su pueblo primitivo. Allí continuó su vida cristiana, aunque guardando el más absoluto silencio sobre su fe.

Un día tuvo que emprender un viaje, para la compra de algo necesario, y con este motivo se hospedó en una casa en la que vio un crucifijo. Temerosa y en voz baja susurró al oído del dueño:

–¿Sòis cristianos?

–Sí –le contestó.

Quedó asombrada al saber que hacía ya tiempo que había cesado la persecución y que habían regresado los sacerdotes.

–Uno de ellos viene todos los años en otoño –le dijo–. Nosotros vamos mañana a verlo.

Ella les acompañó muy contenta y tuvo el consuelo de contar al misionero su historia entre suspiros y lágrimas.

Todos oraron con gran fervor al enterarse de los grandes sufrimientos que aquella santa anciana había padecido por la fe de Cristo. Y todos se disputaban el honor de hospedar en sus casas a la esposa de un mártir.

Una vez más, el rezo del Rosario había sido el medio de mantener viva le fe en medio de tantos peligros.

(«El Rosario» .-Oct.1973)